

España del siglo XVII tuvo, en efecto, mala suerte, con independencia de que padeciera una política pésima. El artículo que se ocupa de la larga crisis de finales de la centuria muestra cuánto pesó en el destino español ese adverso sino —malas cosechas, hambre, epidemias, plagas, catástrofes, etcétera— que venía a rematar el caos político originado ante todo por la guerra. Pero en ese mismo trabajo puede apreciarse también la gravedad de la actuación política de la monarquía, que, con sus indecisiones y su táctica de parcheo eventual de los reveses de todo orden que se oponían a sus planes, consiguió acelerar el proceso de autodestrucción nacional iniciado por la suicida política de subordinar a los intereses dinásticos y a las conveniencias de una absurda estrategia diplomática, el fondo de los problemas económicos y sociales. La vida política quedó reducida al mínimo de racionalidad posible a medida que se embrollaba el ovillo de unas decisiones que contemplaban al país desde lejos y siempre como un feudo expoliable. De ahí el desorden inconcebible demostrado por Domínguez Ortiz no sólo en lo que se refiere al conjunto de la sociedad, sino en sus capas más elevadas. Así, al lado de la corrupción y del oportunismo burocrático, la revisión de la actitud de la nobleza demuestra la profundidad de la crisis por la que atravesaba el país, como se desprende del estudio de la sublevación de Andalucía maquinada por el duque de Medina Sidonia y su pariente el marqués de Ayamonte, en combinación con los sediciosos de Portugal, suceso que terminó abocando a la región a constituirse en república independiente.

En resumen, el libro de Domínguez Ortiz es una pieza inestimable para quienquiera que desee formarse una idea de lo que fue por dentro la traída y llevada Decadencia. ■ JOSE A. GÓMEZ MARIN.

### Baroja: historia de un inédito

Nuestro tranquilo cotarro literario pareció animarse un poco cuando —recientemente— se dijo que el joven profesor Andrés Amorós había descubierto una novela inédita de Pío Baroja: «Madrid y la revolución». La obra, escrita por don Pío en los últimos años de su vida, tenía como tema la guerra civil en Madrid y, a juicio de su descubridor, era primordial para el conocimiento de Pío Baroja.

Una feliz coincidencia unía, pues, la conmemoración del centenario barojiano con la aparición de un texto-llave.

Surgieron, entonces, algunas preguntas.

¿Podía hablarse de texto-llave refiriéndose a una obra total como la de Baroja, que pasa del centenar de títulos? La bibliografía de y sobre el escritor que Jorge Campos realizó hace más de diez años ocupa más de cincuenta páginas, entre obras, traducciones, prólogos, estudios, tesis, artículos, etcétera. No parecía, por tanto, que fuera Baroja el tipo de autor que precisara de un texto elucidatorio.

El título y la temática de este libro inédito añadían, por otra parte, morbo al asunto. Nos traían a Baroja que tocaba de nuevo un teclado, el político, donde desde la exaltación al anatema habían sonado para él todos los toques.

¿Era «Madrid y la revolución» una parte de «Saturnales», aquella posible trilogía de la que sólo apareció, en 1950, «El cantor vagabundo»? Acaso Baroja, descontento de ella, la había destruido en un auto de fe, semejante al que hiciera con sus papeles personales aquel don Luis Carvajal y Evans, cantor vagabundo, que nació en 1873 y logró salvarse de los milicianos en 1936 (Baroja nació en 1872 y logró salvarse en 1936, aunque no precisamente de los milicianos).

Pío Caro Baroja, hijo del editor Caro Raggio ha sido nuevamente ha tenido la amabilidad de hacer unas declaraciones para esta revista, ofreciendo la versión familiar del descubrimiento de este inédito. Y, con ella, una noticia: Pío y Julio han resucitado la editorial de su padre. Fundada en 1917, estuvo primero en la calle de Ventura Rodríguez y pasó luego a la de Mendizábal (hoy Víctor Pradera), donde tuvieron también casa Pío y Ricardo. El edificio de Mendizábal fue bombardeado durante la guerra, en 1937. Ahora

Caro Raggio ha sido nuevamente registrada y para septiembre volverá con la clásica efigie del Erasmo pintado por Holbein y con un título adecuado al centenario: la edición facsímil de «Las inquietudes de Santhi Andia», publicada en una bella edición de 1911 por la editorial Renacimiento, con ilustraciones, creo, de Ricardo Baroja. Buena aportación a este centenario, que nos ha traído la reimposición del entrañable libro de Miguel Pérez Ferrero y la salida del admirable «Los Baroja», que es no sólo una historia de la familia, sino también una historia, inusual y estremecedora de la España contemporánea. ■ VICTOR MARQUEZ.

### «No se puede hablar de descubrimiento»

«Mi tío escribía siempre a mano; luego, ese original se lo copiaban a máquina para llevarlo a la imprenta una vez repasado, pero en su vejez solía modificar bastante el primer texto añadiendo cosas o quitándolas, cortando con las tijeras o empalmado con engrudo un trozo de papel con un nuevo diálogo o lo que fuera, y esta operación en su vejez, como digo, la repetía dos y tres veces. Estas copias naturalmente se las hacía una mecanógrafa o mecanógrafo... Lo que ha descubierto este profesor es eso, una de esas copias corregidas, incompletas, a la que faltan páginas. El original terminado se encuentra en casa, en Itzea, en un cajón.

«Según parece, el profesor lo ha comprado y le ha costado mucho di-



Pío Caro Baroja

nero. Hace un par de años apareció también otro original en una librería de Madrid que tenía parecido origen. Hicieron con él un buen negocio vendiéndolo a una Universidad de los Estados Unidos.

«No se publicó entonces, cuando lo escribí, allá por mil novecientos cuarenta y seis, porque el tema de «Madrid en la revolución» era delicado. Don Miguel Ruiz Castillo, editor de mi tío en aquellos años, quería incluir estas novelas en el tomo noveno de las Obras Completas... Julio, mi hermano y yo hemos hablado y pensado mucho sobre estos originales, y algún día los publicaremos, y más ahora que hemos vuelto a revivir la editorial de nuestro padre Rafael Caro Raggio».

(Habla Pío Caro de originales, en plural, porque me dice que «Madrid...» es el título de una trilogía y no de un solo libro.)

«Esta obra la conocen muchísimas personas; por eso no comprendo cómo se puede hablar de descubrimiento. En primer lugar, la familia, Julio y yo. Luego, todos los amigos y contortulios de don Pío de esa época. Pues como comprenderá, una novela no se escribe en un día y a escondidas. Don Pío tardó meses en escribirla, pedía datos, hablaba con todo aquel que creía que podía darle una visión de lo que le interesaba, hablaba hasta con la asistente y leía los periódicos de entonces. Y, claro, todas estas personas sabían lo que don Pío estaba escribiendo.

«Además de todos estos amigos, lo sabían algunos periodistas y escritores como Pérez Ferrero, Marino Gómez Santos o Mercadal.

«—¿Qué está usted escribiendo? —solían preguntarle.

«—Pues unas novelas sobre la guerra en Madrid..., pero no sé, no sé si la censura las permitirá —contestaba.

«Y ahora, últimamente, todos los estudiosos de Baroja, alumnos o profesores, muchas veces extranjeros, que pasan por Itzea han tenido el original en sus manos, porque mi hermano se los enseña.

«Ese trozo del original que tiene el profesor, su anterior poseedor, lo estaba ofreciendo al que se lo quisiera comprar desde hace tiempo, pues había hecho un bonito negocio con el otro original del que le he hablado.

«Como verá usted, la historia de ese descubrimiento es triste y muy española. Es una versión del huevo de Colón en el patio de Monipodio». ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.